



## Tinieblas británicas

**A**LGUNOS dicen que la situación de crisis en la Gran Bretaña es irreversible y que no saldrá jamás de ella más que convertida en una nación de quinto o de sexto orden. Hace unos años, Arthur Koestler publicó un libro de ensayos propios y de otros pensadores pesimistas y conservadores con el título de «El suicidio de una nación». Ahora se habla otra vez de «suicidio nacional». El error de estas expresiones consiste en considerar como una voluntad nacional de autodestrucción lo que es un fruto de largas circunstancias históricas. Otro error es considerar como definitiva una coyuntura negra. Efectivamente, se concitan sobre Gran Bretaña una serie de males: la larga y dura huelga del carbón, a la que puede sumarse esta misma semana un nuevo paro en los ferrocarriles; la crisis de energía mundial, que tiene un efecto multiplicador sobre las huelgas; el drama —la tragedia— del Ulster... Y todo el cortejo de males que trae este complejo: cierre de industrias —semana de tres días, que podría reducirse a dos—, paro forzoso, frío en un duro invierno, inflación... El espíritu conservador lo ve todo como una consecuencia de la pérdida del Imperio y, por lo tanto, del descenso de rango y poderío de la nación. Por los «docks» de Londres entraban las riquezas del mundo, conquistadas por las armas, aseguradas por la flota. Desde que no entran esas riquezas, Inglaterra se muere. No ha sabido adaptar su economía como otros países. Ha entrado tarde y mal en el Mercado Común. Dudando entre Estados Unidos y Europa, ha dejado pasar todas las ocasiones.

Se habla, ahora, de elecciones anticipadas. Se da como segura la fecha de marzo. Las convoca el gobierno porque cree que le darán mejor resultado ahora que en una fecha más lejana —desconfianza del futuro—, porque necesita un respaldo popular en medio de la tormenta y porque las encuestas de auscultación de la opinión pública le dan pronóstico favorable. El partido laborista, desde la oposición, ha lanzado ya su manifiesto electoral. Es discreto, monótono, nada imaginativo. Propone quitar el poder de distribuir el petróleo a las grandes compañías internacionales y dárselo a los gobiernos; pero no explica cómo lo va a conseguir. Habla de «política voluntaria de discusión de salarios», de reducción de las leyes contra las huelgas, de la abolición del bloqueo de salarios, de la «democratización de la industria». Pero, ¿qué hará cuando esté en el poder? El rostro del partido laborista es el de un Wilson envejecido, fracasado, vacío. Pero el rostro conservador es el de un Heath vacío, fracasado, envejecido. ¿Cómo resolver el dilema electoral ante estas dos caras sin fragancia, ante estas dos promesas sin esperanzas?

Algunos hablan de revisión de las instituciones. Una revolución. ¿Es suficiente el parlamento de dos cámaras, el gobierno electo y el «sha-

down cabinet»? ¿Puede bastar con el juego de los dos partidos? ¿Sería preciso buscar otra forma de representación más real de las fuerzas productivas nacionales? ¿Hay que abrir vías nuevas para el pensamiento, para la imaginación, que se anquilosaron en el desempeño de la política? ¿Puede un sistema ideado para los lentos y ricos siglos pasados servir para la dinámica de hoy? Preguntas graves en un país tradicional como la Gran Bretaña. Sobre todo, preguntas sin solución.

Pero la simple solución por la vía electoral parece escasa. Y empieza a parecer como tremendamente peligrosa. Puede que los conservadores en el poder, puede que mister Heath y sus ministros, decidan rápidamente algunos acuerdos con los sindicatos, aun violando sus rígidas leyes contra la inflación. Han llegado más o menos a la conclusión de que la situación de los mineros es mala y que hay que mejorar en justicia. Esto quiere decir que han llegado en realidad a la convicción de que las elecciones son inevitables y no hay que permitir que los laboristas sean quienes ofrezcan la posibilidad de mejorar los salarios y terminar las huelgas: debe hacerlo el gobierno conservador antes. Pero si acceden a las demandas de salarios, otros sindicatos van a precipitarse por esa brecha, y a exigir las suyas. ¿Cómo

negárselas? Si las aceptan, ¿dónde irán a parar las medidas contra la inflación? ¿Cómo contener los precios que ya se están elevando como consecuencia de los de los derivados del petróleo? Preguntas sin respuesta, que llevan a muchos a hablar, como queda dicho, del «suicidio nacional». Dentro mismo del partido conservador, dividido, escindido, Enoch Powell —el acusado de racista por su oposición a la mano de obra extranjera y a la entrada de súbditos de la Commonwealth— acude, desde el propio partido, al gobierno. Se le está estimulando a formar un nuevo partido, pero se resiste. Su aspiración es la de suceder a Heath. Pero sabe que no puede hacerlo hasta que el partido esté en la oposición: jamás un primer ministro ha sido sustituido en el uso de su cargo, a no ser por muerte o enfermedad.

Los industriales, por su parte, advierten que «quince días más de restricciones en la producción pueden ocasionar un daño irreparable a la economía británica»: aun cuando después pudiese recuperar su ritmo normal, ya sería imposible reponer lo perdido, reorganizar lo desorganizado. La producción de acero ha disminuido a la mitad. La Ford alega que su fábrica de Halewood ha perdido en una sola semana cerca de cinco millones de dólares y ha despedido a once mil obreros. La Courtaulds —textiles y químicos— ha despedido a 12.000. Empiezan a producirse quiebras de pequeñas y medias industrias: se ven venir las de las grandes... Y comienza a verse crecer el abismo de las clases sociales. El número de obreros sin trabajo o con el salario reducido se multiplica por el de sus familiares, mientras las clases más favorecidas de la sociedad resisten mejor y, lo que es peor, gastan a manos llenas su dinero porque no quieren ahorrar en vista de la inflación ni invertir dada la situación de la bolsa y las amenazas de las industrias. Por lo tanto, en las ciudades —sobre todo en las pequeñas— se ve cada vez mayor diferencia de vida entre los que gastan sin cesar y los que han dejado de tener ingresos. La idea de que Gran Bretaña va a sobrevivir sin grandes agitaciones sociales, sin que las huelgas y el malestar se conviertan en motines, porque ello está en su tradición, comienza a aparecer como un cuento de hadas.

¿Es este el destino de otras naciones de Europa? En muchos palacios presidenciales, en muchos ministerios del continente, se lo están preguntando ya. Gran Bretaña podría ser sólo una avanzadilla de lo que sucedería en otros países si no se encontraran medios rápidos de conjurar la crisis.

Es posible que en los días inmediatos haya alguna mejora. Pero quedará durante algún tiempo la duda de si esa mejora es puramente artificial como parte de la campaña electoral del gobierno conservador, y en realidad estará cavando la tumba del futuro, o si realmente se han conseguido encontrar algunas soluciones justas y equitativas que permitan paliar los efectos del complejo de crisis que se está produciendo. ■ E. H. T.